El regreso de Yafar
Los Clásicos
Disney
EDICIONES
Gaviota

Disney

El regreso de Yafar

Ediciones Gaviota

En una noche estrellada, una pálida luna colgaba sobre
el inmenso desierto de Arabia.
Una banda de ladrones a caballo galopaban a través de las dunas,
levantando nubes de arena.
Cabalgando por un estrecho barranco, llegaron a un antiguo
templo en ruinas esculpido en la ladera de la montaña.
Sus imponentes puertas se abrieron lentamente con un crujido.

Los bandidos entraron en una estancia mal iluminada, de techo alto y gigantescas columnas. Se acercaron a un cofre rebosante de tesoros y acariciaron con avaricia las copas de plata, las monedas de oro y los collares de rubíes.

–¡Esta noche ha sido espléndida! –exclamó uno de los bandidos–. ¡Qué botín!

Cegados por el brillo de las joyas, los ladrones no advirtieron que dos manos se llevaban su tesoro.

De repente, el cofre del tesoro empezó a moverse y uno de los bandidos se asustó.
–¡Ay! ¡El cofre... se está moviendo! ¡Un fantasma! –gritó.
Sigilosamente, levantó el cofre y descubrió a Abú, que siguió andando como si aún llevara el cofre a la espalda.
–¡Estúpido mono! –gritó uno de los ladrones agarrando a Abú.
Una voz atronadora surgió de detrás de una columna.
–¡Suéltale!

–¿Quién eres? –preguntó Abis Mal, el jefe de los bandidos, apretando los puños con rabia.
–Mis amigos me llaman Al, pero vosotros llamadme Aladdín.
En ese momento Abú escapó de las terribles garras de Abis Mal y se puso a salvo en el hombro de Aladdín.
Aladdín acarició a su tembloroso amigo para tranquilizarle.
Entonces Abis Mal ordenó:
–¡A por ellos!

Siguiendo las órdenes de su jefe, los bandidos saltaron sobre Aladdín blandiendo sus espadas. ¡Estaban atrapados! Y cuando todo parecía perdido, Aladdín y Abú desaparecieron milagrosamente en una nube de polvo, salvados por su fiel amiga, la alfombra. Rápidamente, descendieron en picado y se apoderaron de los sacos que contenían el tesoro robado.

–Magnífico botín, alfombra –dijo Aladdín, dirigiéndose velozmente a las enormes puertas del templo, escapando antes de que volvieran a cerrarse.

–Siguiente parada, ¡Agrabah!

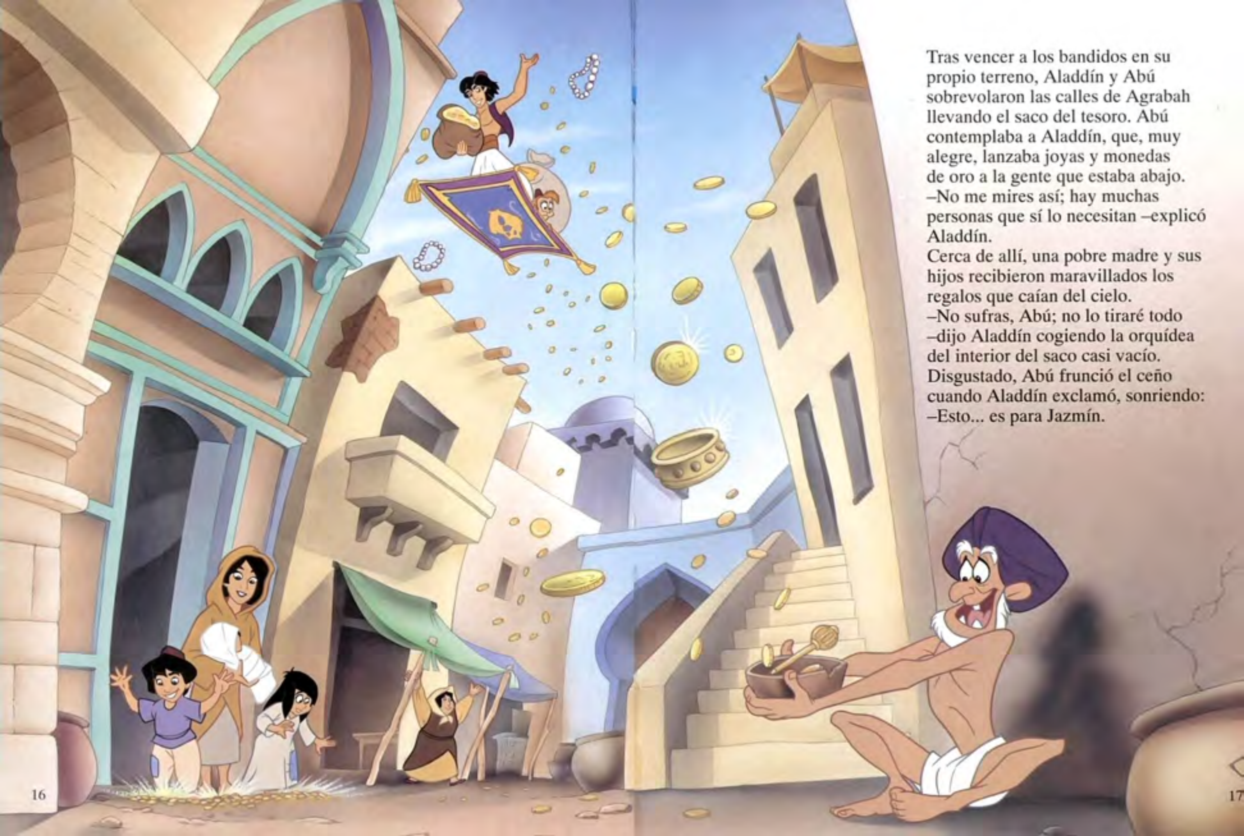
Mientras, en una zona del desierto, la arena empezó a moverse misteriosamente y dejó al descubierto una extraña lámpara. Como si estuviera viva, comenzó a agitarse y, de repente, la tapa se levantó. Un loro salió a la superficie, haciendo verdaderos esfuerzos por respirar y escupiendo montones de arena.

–¡Por fin! –graznó Iago, mientras sacaba con dificultad el cuerpo a través de la pequeña abertura.

La lámpara continuó agitándose y se puso al rojo vivo, al mismo tiempo que una voz gritaba desde el interior:

–¡Libérame para que pueda vengarme!

–¡Si no fuera por mí, todavía estarías en una jaula del bazar! –susurró la voz que procedía de la lámpara.
–¡Eso! ¡Muy bonito! –declaró Iago, rabioso, cogiendo la lámpara con el pico–. Fui un loco por dejar que llevaras la voz cantante. ¡Te abandono, amigo! –graznó, volando sobre un viejo pozo de piedra–. ¡Mira hacia abajo! *Arrivederci! C'est la vie!* ¡No cuentes conmigo! –exclamó, dejando caer la lámpara en el oscuro pozo. Libre al fin, Iago emprendió triunfalmente el vuelo hacia Agrabah.



Tras vencer a los bandidos en su propio terreno, Aladdín y Abú sobrevolaron las calles de Agrabah llevando el saco del tesoro. Abú contemplaba a Aladdín, que, muy alegre, lanzaba joyas y monedas de oro a la gente que estaba abajo.
–No me mires así; hay muchas personas que sí lo necesitan –explicó Aladdín.
Cerca de allí, una pobre madre y sus hijos recibieron maravillados los regalos que caían del cielo.
–No sufras, Abú; no lo tiraré todo –dijo Aladdín cogiendo la orquídea del interior del saco casi vacío.
Disgustado, Abú frunció el ceño cuando Aladdín exclamó, sonriendo:
–Esto... es para Jazmín.

Aladdín, impaciente, saltó de la alfombra al balcón de la princesa Jazmín, pero fue derribado por un enorme tigre.
–¡Calma, Rajá, a mí me conoces!
Rajá se subió encima de él y le dio la bienvenida lamiéndole la cara. Cuando Aladdín le entregó la orquídea de esmeralda, la bella Jazmín le dijo que su padre, el Sultán, pensaba darle una sorpresa durante la cena de esa noche.

Iago se posó en un tejado y vio cómo Aladdín, vestido como un príncipe, abandonaba el Palacio para vagar por las calles de Agrabah.
«Esa rata de cloaca está viviendo en el Palacio», pensó. De repente, a Iago se le ocurrió una idea para volver al Palacio: «Si Aladdín me compadece, se pondrá de mi parte». Entonces se embadurnó de barro, se alborotó las plumas y se lanzó a los pies de Aladdín.

Aladdín le miró con recelo:
–¡A mí no me engañas! –exclamó.
Sin duda había descubierto que Iago estaba fingiendo, así que intentó agarrar al pájaro traidor.
–Estaba bajo el hechizo de Yafar –murmuró Iago, esquivando a Aladdín y batiendo las alas sobre el bullicioso mercado.
–¡Traidor! –gritó furioso Aladdín, precipitándose hacia él.

Aladdín intentó dar caza a Iago, cuyas plumas revolotearon por el bazar. Al doblar una esquina se topó con Abis Mal y sus secuaces.
–Tu cara me resulta familiar –murmuró Abis Mal, frotándose la barbilla.
Entonces los bandidos le reconocieron.
–Es Aladdín, ¡prendedle!

Los bandidos corrieron tras Aladdín y tiraron a patadas montones de barriles y varios puestos del mercado. Pescados y melones saltaron por los aires, así como cajas de fruta que se rompieron al estrellarse contra el suelo. Aladdín luchó con mucho valor, pero él y Abú no lograron vencer a los bandidos. Le acorralaron contra una pared y Aladdín fue capturado.

Pero en el momento que alzaban las espadas contra Aladdín, Iago distrajo a los bandidos, que se estrellaron contra un carro de pollos y huevos.

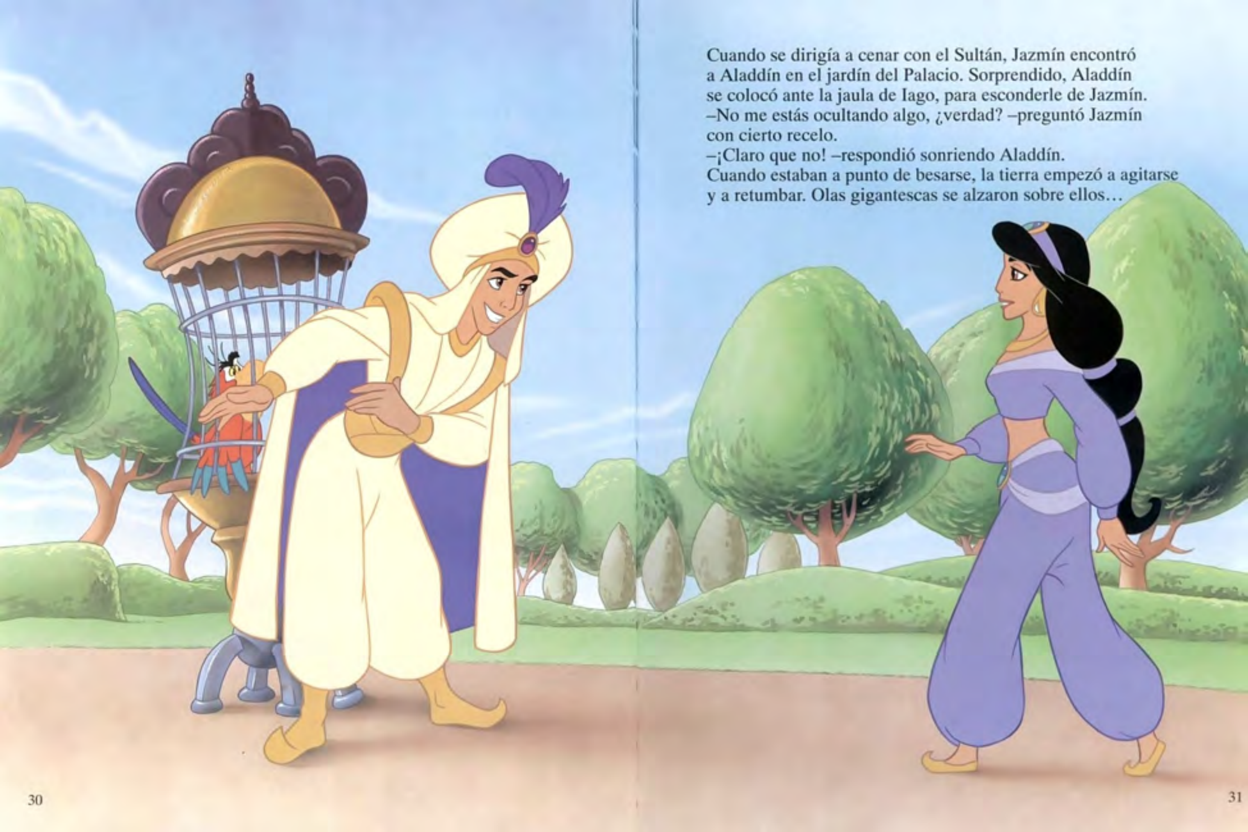
–¡Estoy completamente loco! –graznó Iago, furioso.

Yemas, cáscaras de huevos y plumas volaron por los aires mientras los ladrones se agarraban al carro que escapaba calle abajo.

Aladdín se dirigió a Iago, sorprendido.

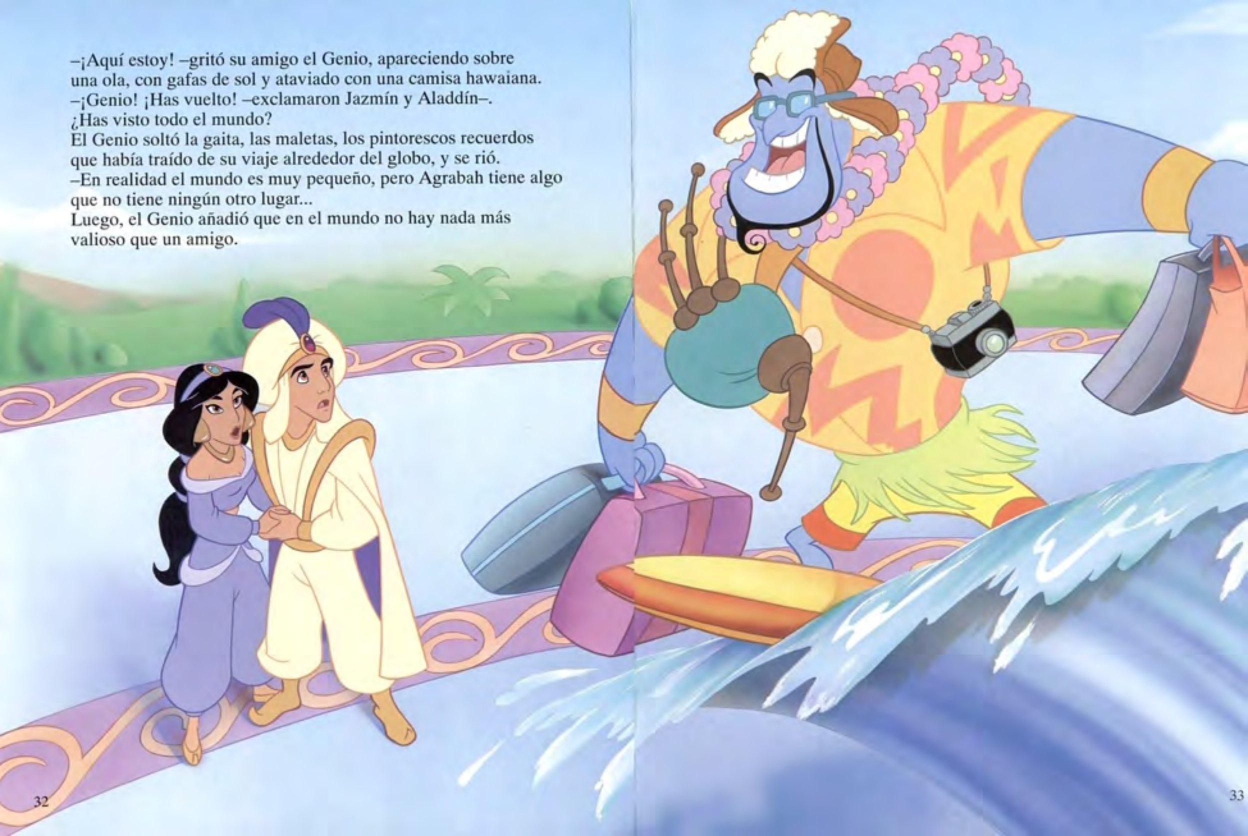
–Me has salvado... Gracias.

Luego, Aladdín prometió a Iago un juicio justo.



Cuando se dirigía a cenar con el Sultán, Jazmín encontró a Aladdín en el jardín del Palacio. Sorprendido, Aladdín se colocó ante la jaula de Iago, para esconderle de Jazmín.
–No me estás ocultando algo, ¿verdad? –preguntó Jazmín con cierto recelo.
–¡Claro que no! –respondió sonriendo Aladdín.
Cuando estaban a punto de besarse, la tierra empezó a agitarse y a retumbar. Olas gigantescas se alzaron sobre ellos…

–¡Aquí estoy! –gritó su amigo el Genio, apareciendo sobre una ola, con gafas de sol y ataviado con una camisa hawaiana.
–¡Genio! ¡Has vuelto! –exclamaron Jazmín y Aladdín–. ¿Has visto todo el mundo?
El Genio soltó la gaita, las maletas, los pintorescos recuerdos que había traído de su viaje alrededor del globo, y se rió.
–En realidad el mundo es muy pequeño, pero Agrabah tiene algo que no tiene ningún otro lugar...
Luego, el Genio añadió que en el mundo no hay nada más valioso que un amigo.



Jazmín invitó al Genio a cenar. Abú se disponía a seguir a los invitados, cuando Aladdín le llevó aparte y le susurró: –Abú, tengo un trabajo para ti. Quiero que vigiles a Iago. Decepcionado y enfadado, Abú frunció el ceño y se sentó.

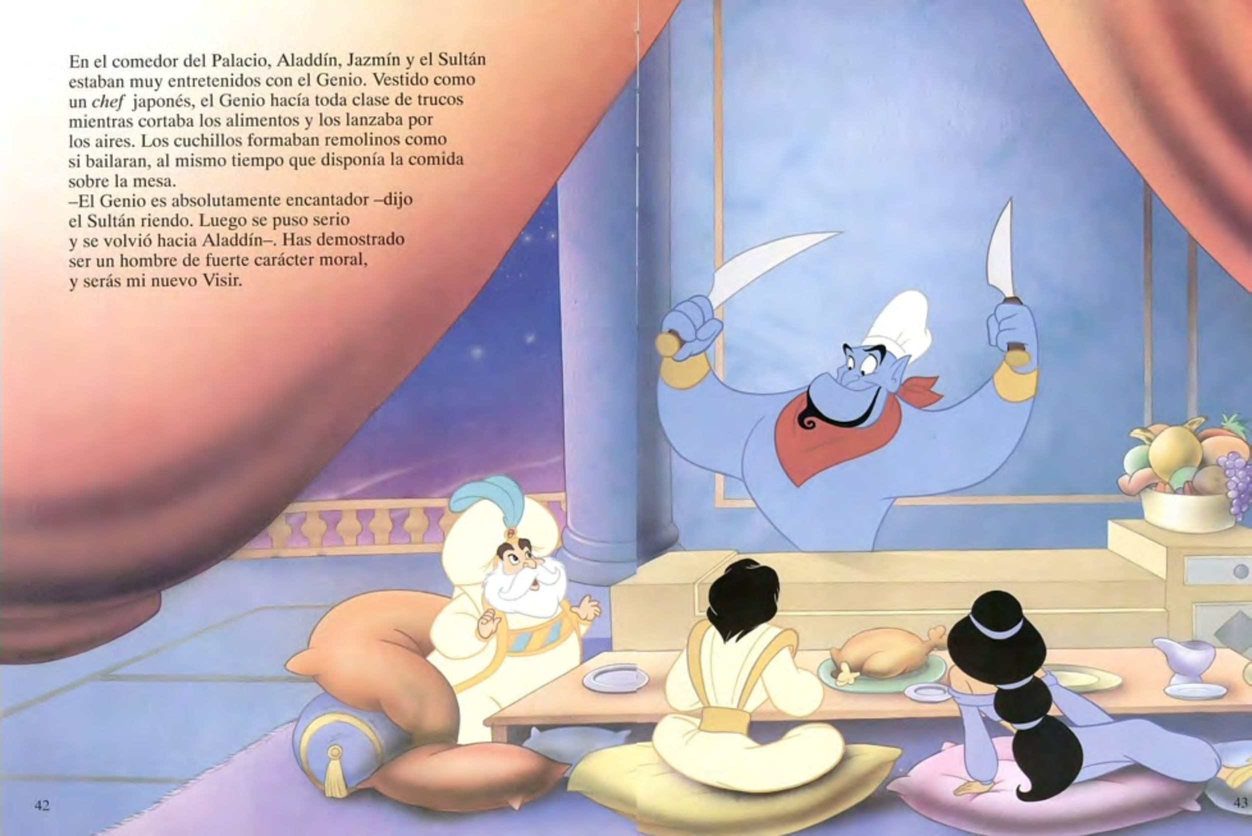
Entretanto, en el desierto, Abis Mal y sus tres secuaces encontraron un pozo.
–¡Esa apestosa rata de cloaca! ¡En cuanto le coja, le hago picadillo! –murmuró, furioso, Abis Mal, mientras sacaba agua del pozo.
Como estaban muy sucios después de la pelea en el mercado, Abis Mal ordenó a sus secuaces que se lavaran.
Al echarse por la cabeza el agua del cubo, cayó la lámpara.
–¡Espléndido! Una vez limpia me darán un montón de monedas por ella –dijo frotando la lámpara.
En ese momento un extraño humo empezó a salir a bocanadas de la misteriosa lámpara.

De repente, una enorme figura roja con forma de genio surgió del humo que seguía saliendo a chorros. Los bandidos huyeron a caballo y dejaron a Abis Mal solo entre los rayos, los truenos y los fuertes vientos del desierto.
La malvada figura pensó que por fin había recuperado la libertad.
–¡Es la maldición de la lámpara! –gritó al cielo–. ¡Todo el poder del universo! ¡Y ahora yo poseo el misterioso poder del Genio!

El humo se fue disipando y la figura se transformó en un mago que dijo al asustado Abis Mal:
–Mi nombre es Yafar, y yo también quiero vengarme de Aladdín.
El ambicioso Abis Mal comprendió que el malvado Yafar era un Genio, e inmediatamente deseó un tesoro. Entonces Yafar le arrojó al mar en busca de un tesoro. Cuando Abis Mal estaba a punto de ahogarse, suplicó a Yafar que le devolviera con vida al desierto. Ese fue su segundo deseo.
Sin dejar de escupir agua de mar, prometió obedecer a Yafar.
–Te traeré la cabeza de Aladdín en una bandeja de plata –le aseguró–. ¡Así se hará realidad mi tercer deseo!
Una vez hecho el trato, ambos se pusieron en marcha hacia Agrabah.

En el comedor del Palacio, Aladdín, Jazmín y el Sultán estaban muy entretenidos con el Genio. Vestido como un *chef* japonés, el Genio hacía toda clase de trucos mientras cortaba los alimentos y los lanzaba por los aires. Los cuchillos formaban remolinos como si bailaran, al mismo tiempo que disponía la comida sobre la mesa.

–El Genio es absolutamente encantador –dijo el Sultán riendo. Luego se puso serio y se volvió hacia Aladdín–. Has demostrado ser un hombre de fuerte carácter moral, y serás mi nuevo Visir.

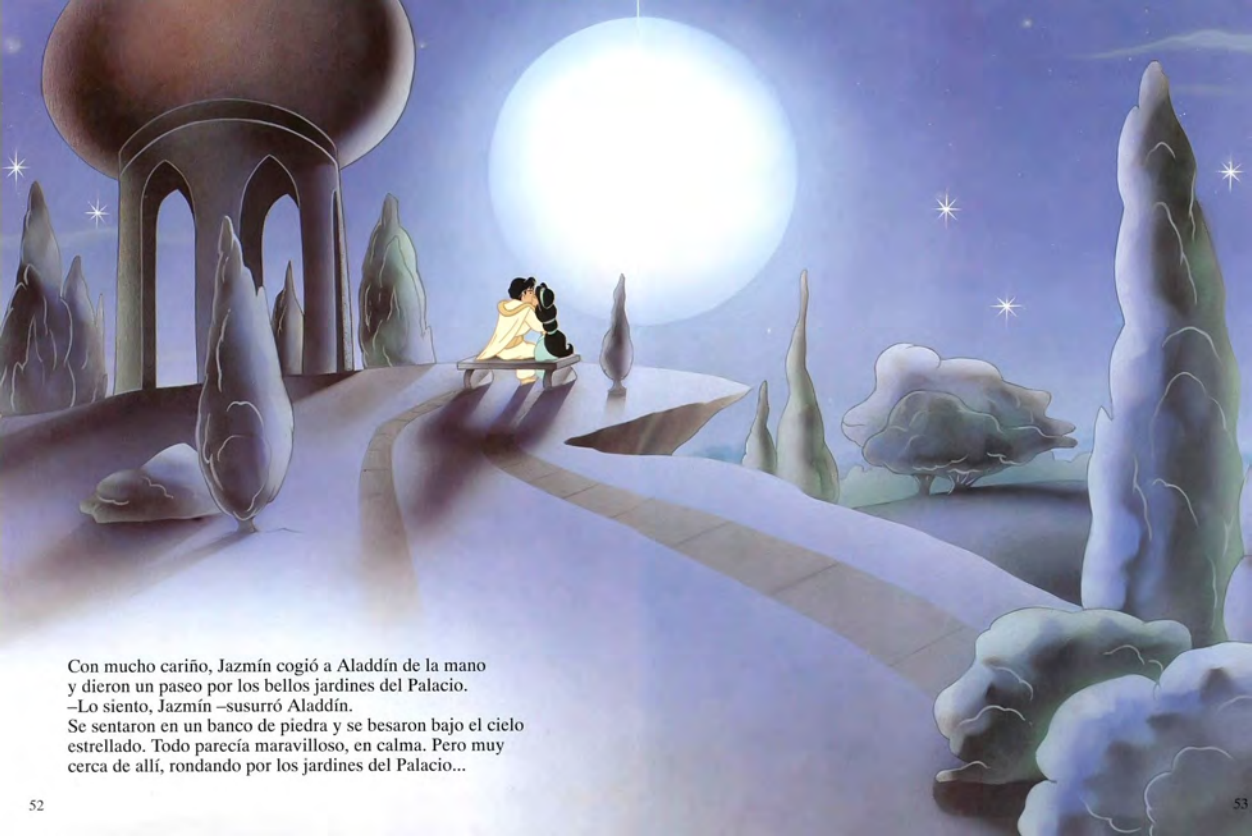


Durante todo ese tiempo, Abú estuvo ocupado vigilando a Iago. Molesto y aburrido, Abú sólo deseaba unirse a los demás en la agradable cena del Sultán. Al ver pasear a Rajá por el jardín, se le ocurrió un plan para vengarse.
Abrió la jaula del pájaro y Iago, aterrorizado, salió volando. Rajá le persiguió por las escaleras del Palacio. El furioso tigre atrapó a Iago en el momento en que se deslizaba por la mesa del comedor...

Interrumpidos en plena comida, al Sultán y sus invitados les sorprendió la brusca aparición de Rajá. Después de sujetar al tigre, Aladdín dijo en un murmullo:
–Tengo algo que decir sobre Iago...
Pero una pluma hizo cosquillas a Rajá, y estornudó. Iago salió disparado y aterrizó en la mesa, justo enfrente del Sultán.
–¡ATRAPAD A ESE PÁJARO! –ordenó el Sultán–. ¡Estuvo al servicio de mi mayor enemigo!

Entonces, Aladdín corrió a proteger a Iago y afirmó que se hacía totalmente responsable de él.
–¡Tú sabrás! –vociferó el Sultán, abandonando la estancia.
Furiosa, Jazmín acusó a Aladdín de ocultar a Iago.
–¿Cómo has podido hacerlo? –le preguntó–. ¡Siempre con secretos, con mentiras...!
–¡Jazmín, espera! –gritó Aladdín al verla salir llorando.

Conmovido por la defensa del joven, Iago explicó a Jazmín cómo había salvado la vida de Aladdín.
–Me debe la vida. Por eso me ha defendido.
La princesa se asomó al balcón, todavía enfadada porque Aladdín le había mentido. Pero al verle tan triste, su corazón se llenó de amor.



Con mucho cariño, Jazmín cogió a Aladdín de la mano
y dieron un paseo por los bellos jardines del Palacio.
–Lo siento, Jazmín –susurró Aladdín.
Se sentaron en un banco de piedra y se besaron bajo el cielo
estrellado. Todo parecía maravilloso, en calma. Pero muy
cerca de allí, rondando por los jardines del Palacio...

...estaba Abis Mal frotando su preciosa lámpara.
–¡Ya era hora! –exclamó Yafar surgiendo de entre el denso humo rojo.
Yafar no podía soportar el poder que Abis Mal, como dueño de la lámpara, tenía sobre él.
Acechando entre las sombras, Yafar lanzó una pérfida sonrisa a Iago, que estaba feliz rodeado por Aladdín y sus amigos.
–No ha perdido el tiempo –murmuró para sí–. Ha conseguido que todos le quieran, cosa que encaja perfectamente con mi plan.

–¡Portarse bien tiene muchas ventajas! –dijo Iago, encantado, volando por el Palacio y soñando con llegar a ser el consejero de Aladdín.

Pero de repente todo se oscureció y la sombra de Yafar cubrió a Iago. Aterrorizado y abriendo mucho los ojos, Iago le juró que le había sido fiel.

–Calma, calma, Iago, no he venido a vengarme de ti –rió burlonamente Yafar–. Estoy preparando una pequeña... sorpresa para Aladdín.

Iago recordó entonces las maldades de Yafar y se quedó petrificado. No estaba muy dispuesto a colaborar con Yafar en su malvado plan de venganza.

–Si confías en Iago, yo también lo haré –dijo Jazmín a Aladdín. Conmovido por la bondad de la Princesa, Iago esperó en sus aposentos para reunirse con ellos. Pero cuando advirtió la presencia de los malvados ojos de Yafar fijos en él, se puso a temblar, muy asustado.

–Estaba pensando... que al Sultán le gustaría mucho disfrutar de un bonito paseo en la alfombra... –graznó Iago, alegre, aunque sin dejar de sentirse culpable.

–¡Qué gran idea! –exclamó Jazmín, besándole en la frente–. Iago, estaba equivocada respecto a ti.

–¡Que os divirtáis! –gritó Jazmín despidiéndoles con la mano, mientras el Sultán, Aladdín y Iago salían volando en la alfombra.
–¡Por fin! –exclamó el Genio, ajustándose el sombrero de paja y metiendo prisa a Jazmín.
Llevaba en los brazos todo lo necesario para la merienda, y por la cesta asomaba la cabeza de Abú. Se instalaron en el jardín para disfrutar de una agradable merienda.

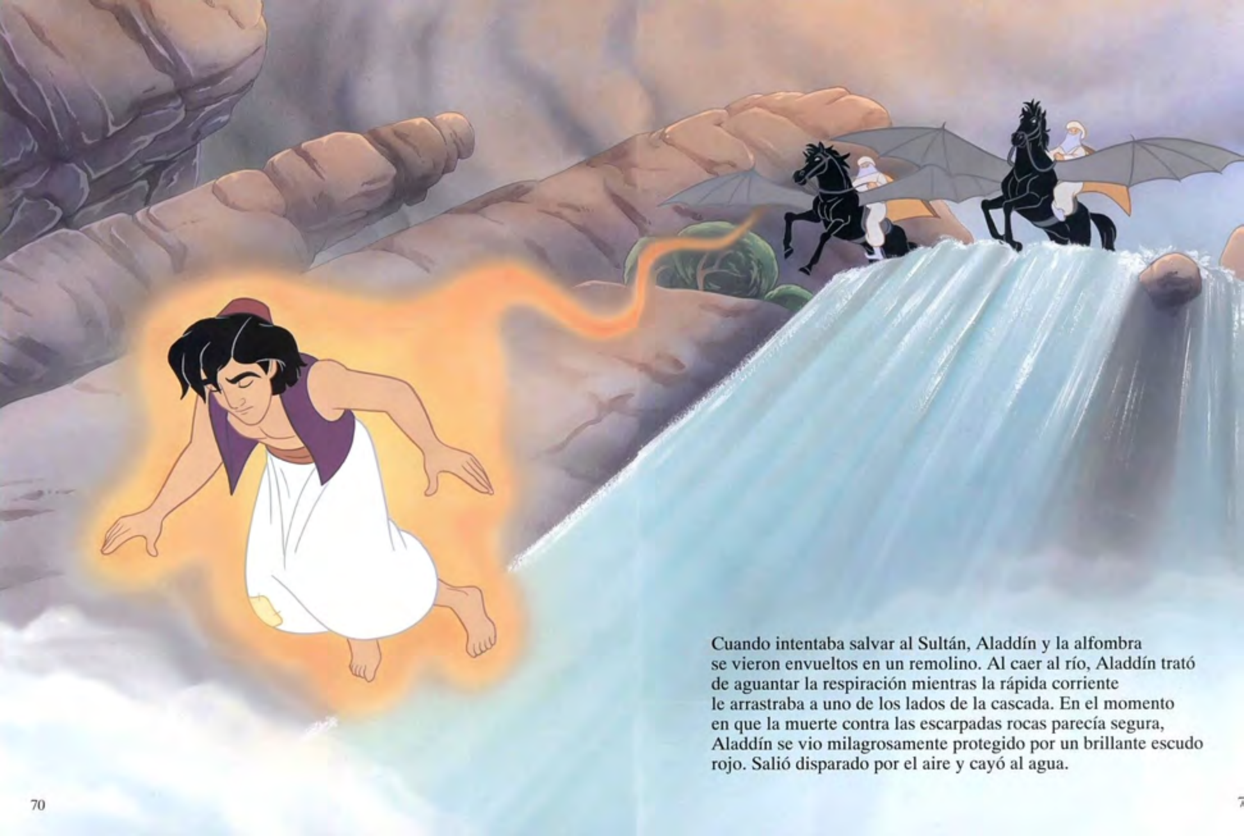
El Sultán se encajó bien el turbante en la cabeza y se agarró fuertemente a la alfombra mientras bajaban en picado hacia un profundo desfiladero.
Movidos por el viento, avanzaron a gran velocidad siguiendo el curso del río y disfrutando del agua fresca que les salpicaba en la cara.
De acuerdo con el plan de Yafar, Iago indicó:

–Ese es el lugar. En lo alto de la cascada.
La alfombra se deslizó hacia allí.
Aladdín admiró el paisaje que les rodeaba.
–Esta excursión ha sido una buena idea, Iago. Gracias.
–No me des las gracias.
Iago movió la cabeza, avergonzado. Luego, inquieto, miró hacia otro lado.

Durante la comida, un ejército de hormigas invadió al Genio y a Abú. Deslizándose sobre la comida, los insectos se fueron amontonando y amontonando hasta que se transformaron en Yafar. El Genio y Abú retrocedieron, horrorizados.
–Siento estropearos la merienda, muchachos, pero no puedo consentir que un Genio ande por ahí arruinando mis planes –rugió Yafar.

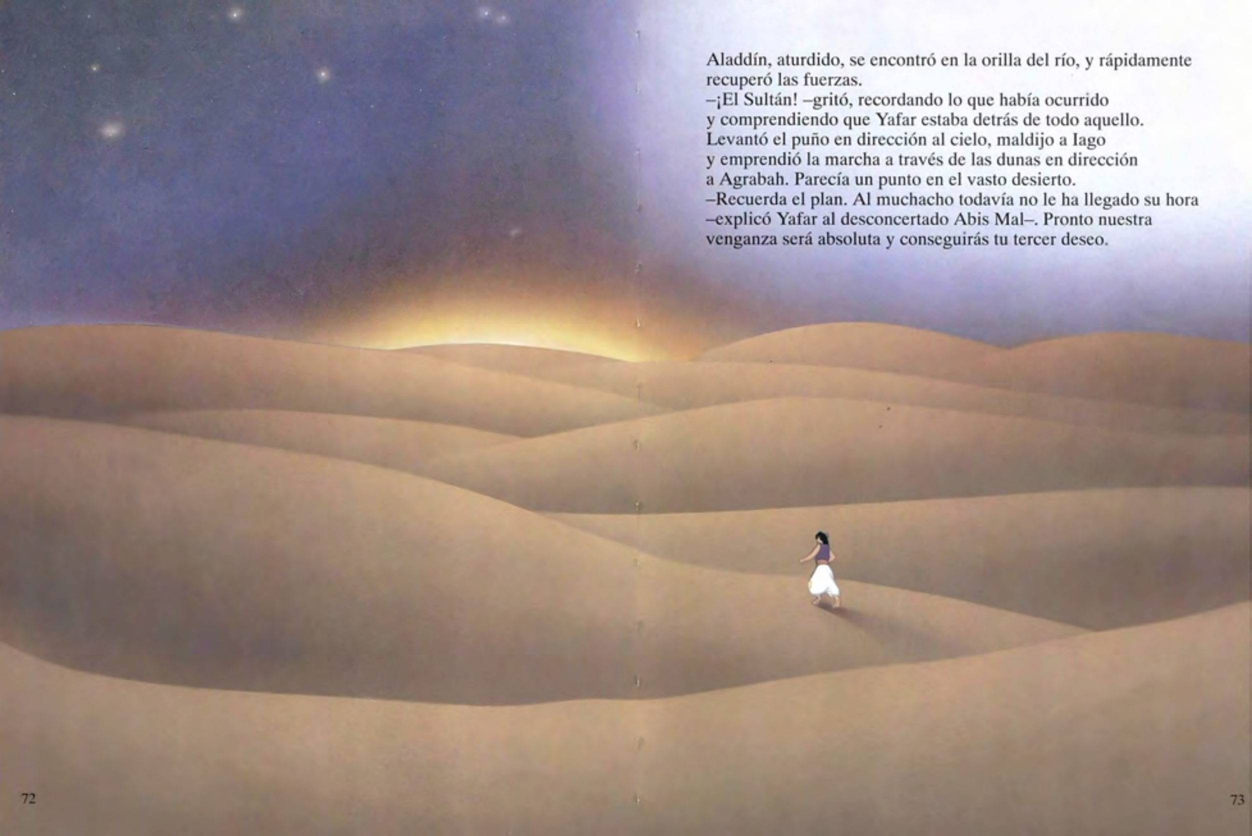
El Genio y Yafar entablaron una batalla de poderes mágicos. Bolas de fuego giraron a gran velocidad como un remolino de llamas. Acorralado el Genio, fue alcanzado por un terrible rayo mágico lanzado como un torbellino. Entonces, el pérfido Yafar metió al Genio vencido en un globo de cristal. Impotente, el Genio miró al pobre Abú, que estaba encadenado en una fría prisión.

En el desfiladero, Abis Mal
y cinco de sus hombres, montados
en caballos alados, secuestraron
al Sultán. Mientras los bandidos
se acercaban al borde del acantilado,
el Sultán, debatiéndose, gritó:
–¡Aladdín! ¡Socorro!
Cuando Aladdín saltó a la
alfombra comprendió que Iago
les había traicionado.
–¡Traidor! ¡Te ajustaré las cuentas!
–gritó volando tras el Sultán.



Cuando intentaba salvar al Sultán, Aladdín y la alfombra se vieron envueltos en un remolino. Al caer al río, Aladdín trató de aguantar la respiración mientras la rápida corriente le arrastraba a uno de los lados de la cascada. En el momento en que la muerte contra las escarpadas rocas parecía segura, Aladdín se vio milagrosamente protegido por un brillante escudo rojo. Salió disparado por el aire y cayó al agua.

Aladdín, aturdido, se encontró en la orilla del río, y rápidamente recuperó las fuerzas.
–¡El Sultán! –gritó, recordando lo que había ocurrido y comprendiendo que Yafar estaba detrás de todo aquello. Levantó el puño en dirección al cielo, maldijo a Iago y emprendió la marcha a través de las dunas en dirección a Agrabah. Parecía un punto en el vasto desierto.
–Recuerda el plan. Al muchacho todavía no le ha llegado su hora –explicó Yafar al desconcertado Abis Mal–. Pronto nuestra venganza será absoluta y conseguirás tu tercer deseo.



Mientras tanto, en la estancia secreta de Yafar estaban presos y encadenados el Sultán y Abú, al lado del Genio, Rajá y Jazmín.
–¡Yafar, canalla! –gritó el Sultán, tratando de liberarse–. Tenía que haber descubierto tu traición.
Yafar arrebató al Sultán su turbante y lo hizo trizas con un cuchillo.
–Necesitamos esto para «nuestro» plan –dijo, riéndose y volviéndose hacia Abis Mal–. El turbante del Sultán y su daga son exactamente los objetos que necesitamos... ¡para que se cumpla el destino de Aladdín!

Aladdín, agotado, subió por la escalera del Palacio. De repente, Rasul, el jefe de la Guardia Real, salió a su encuentro y dijo en tono amenazador:

–Quedas detenido por el asesinato del Sultán.

Aunque intentó desesperadamente explicar lo que había ocurrido, Rasul ni siquiera le escuchó. Encerró a Aladdín en una oscura mazmorra.

–Te estoy diciendo la verdad –suplicó Aladdín–. ¿Por qué no quieres creerme?

A pesar de los grilletes y de la soledad de la mazmorra, los ojos de Aladdín se iluminaron cuando apareció Jazmín en lo alto de la escalera.

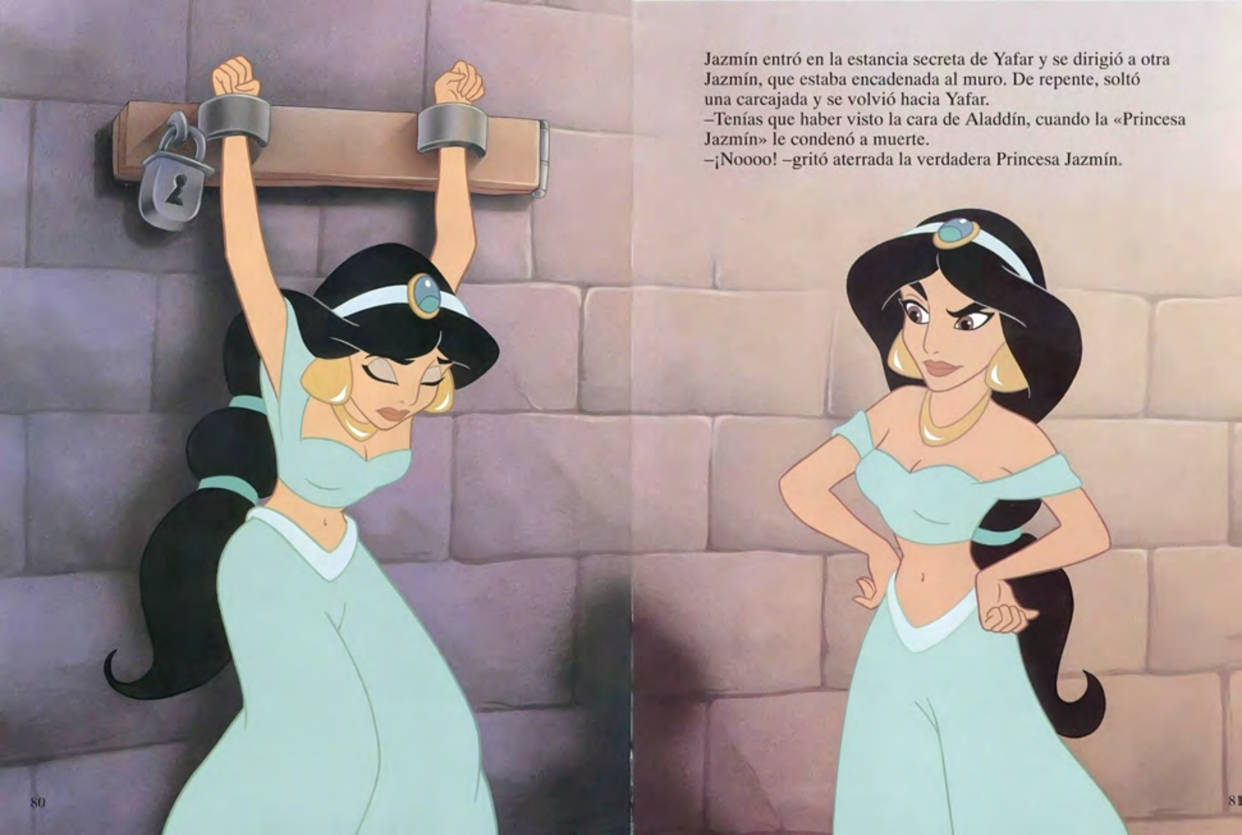
–Encontré esto en tu aposento –gritó la Princesa mostrándole el turbante de su padre hecho jirones.

Sorprendido, Aladdín trató de defenderse:

–Jazmín, no creerás...

Pero Jazmín le interrumpió:

–Morirás al amanecer por haber asesinado a mi padre.



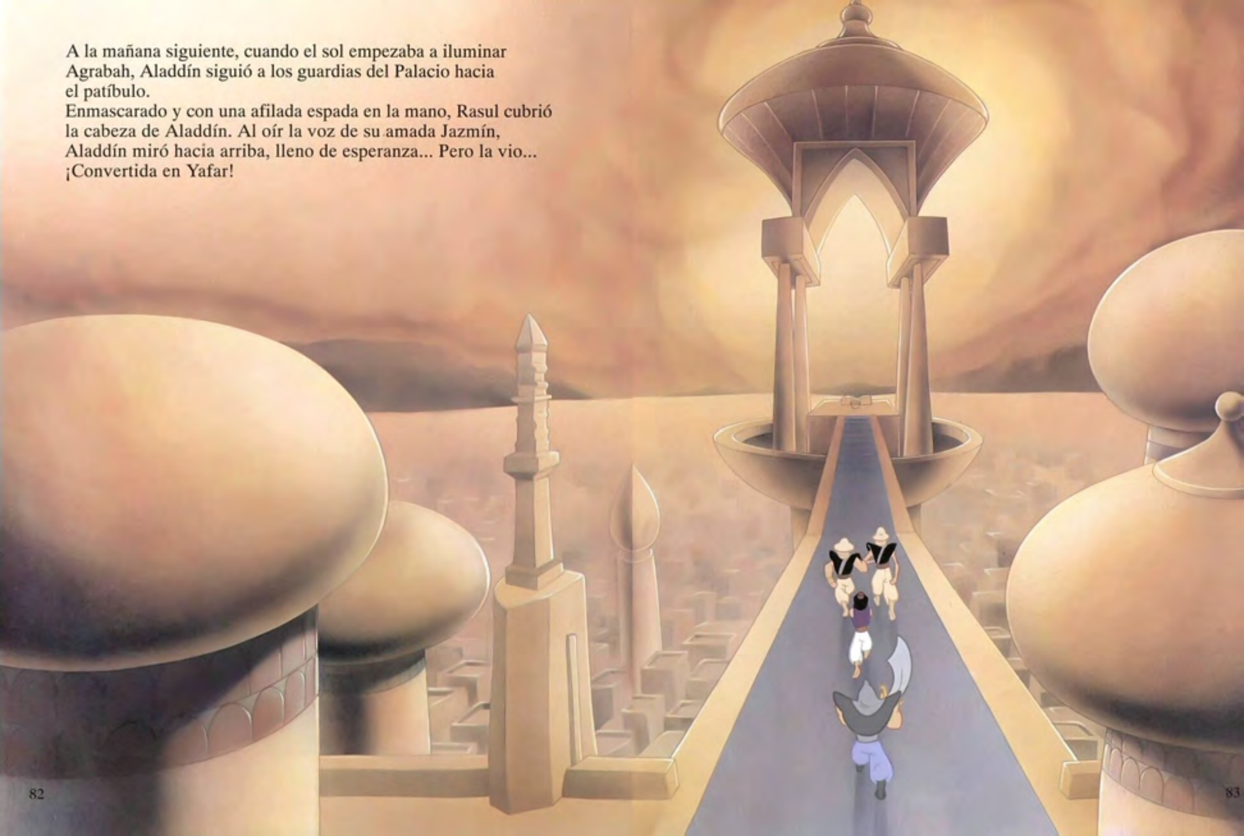
Jazmín entró en la estancia secreta de Yafar y se dirigió a otra Jazmín, que estaba encadenada al muro. De repente, soltó una carcajada y se volvió hacia Yafar.

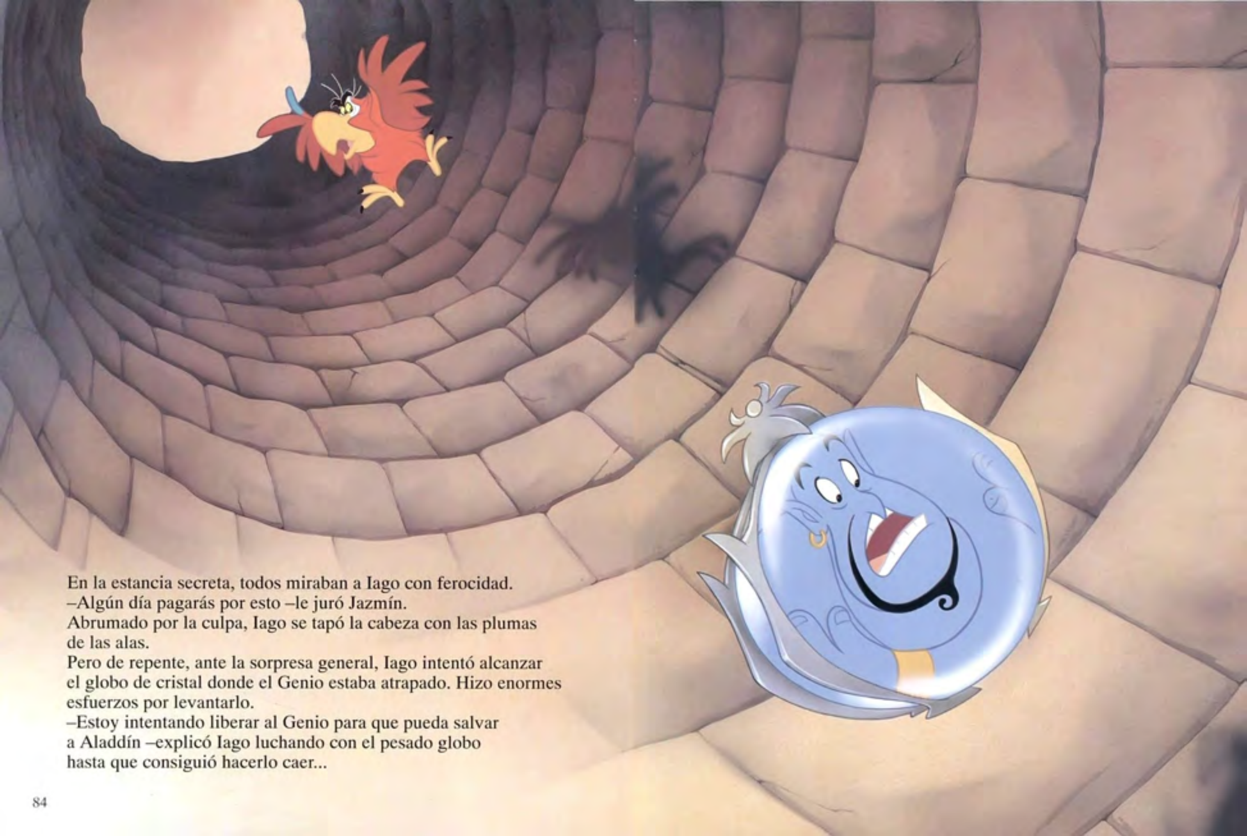
–Tenías que haber visto la cara de Aladdín, cuando la «Princesa Jazmín» le condenó a muerte.

–¡Noooo! –gritó aterrada la verdadera Princesa Jazmín.

A la mañana siguiente, cuando el sol empezaba a iluminar Agrabah, Aladdín siguió a los guardias del Palacio hacia el patíbulo.

Enmascarado y con una afilada espada en la mano, Rasul cubrió la cabeza de Aladdín. Al oír la voz de su amada Jazmín, Aladdín miró hacia arriba, lleno de esperanza... Pero la vio... ¡Convertida en Yafar!





En la estancia secreta, todos miraban a Iago con ferocidad.
–Algún día pagarás por esto –le juró Jazmín.
Abrumado por la culpa, Iago se tapó la cabeza con las plumas de las alas.
Pero de repente, ante la sorpresa general, Iago intentó alcanzar el globo de cristal donde el Genio estaba atrapado. Hizo enormes esfuerzos por levantarlo.
–Estoy intentando liberar al Genio para que pueda salvar a Aladdín –explicó Iago luchando con el pesado globo hasta que consiguió hacerlo caer...

Los ojos de Rasul brillaron de placer.
Aladdín nunca le había gustado:
le consideraba un golfillo callejero.
Levantó la gigantesca espada y su brillante
hoja cortó el aire, pero en un instante,
el Genio apareció como un torbellino,
se apoderó de Aladdín y se lo llevó.
–Gracias, Genio, pensé que Yafar me había
vencido –exclamó Aladdín.

El Genio transportó a Aladdín a una de las cúpulas del Palacio donde le esperaban el Sultán, Jazmín, Abú y la alfombra. Jazmín corrió a abrazar a su amado, pero en ese momento Aladdín descubrió a Iago y le gritó:

–¡Me has engañado!

Jazmín le explicó que había sido Iago el que les había salvado.

–¿Qué pretenderá hacer Yafar en Agrabah? –exclamó el Sultán.

Entonces comprendieron que tenían que conseguir la lámpara.

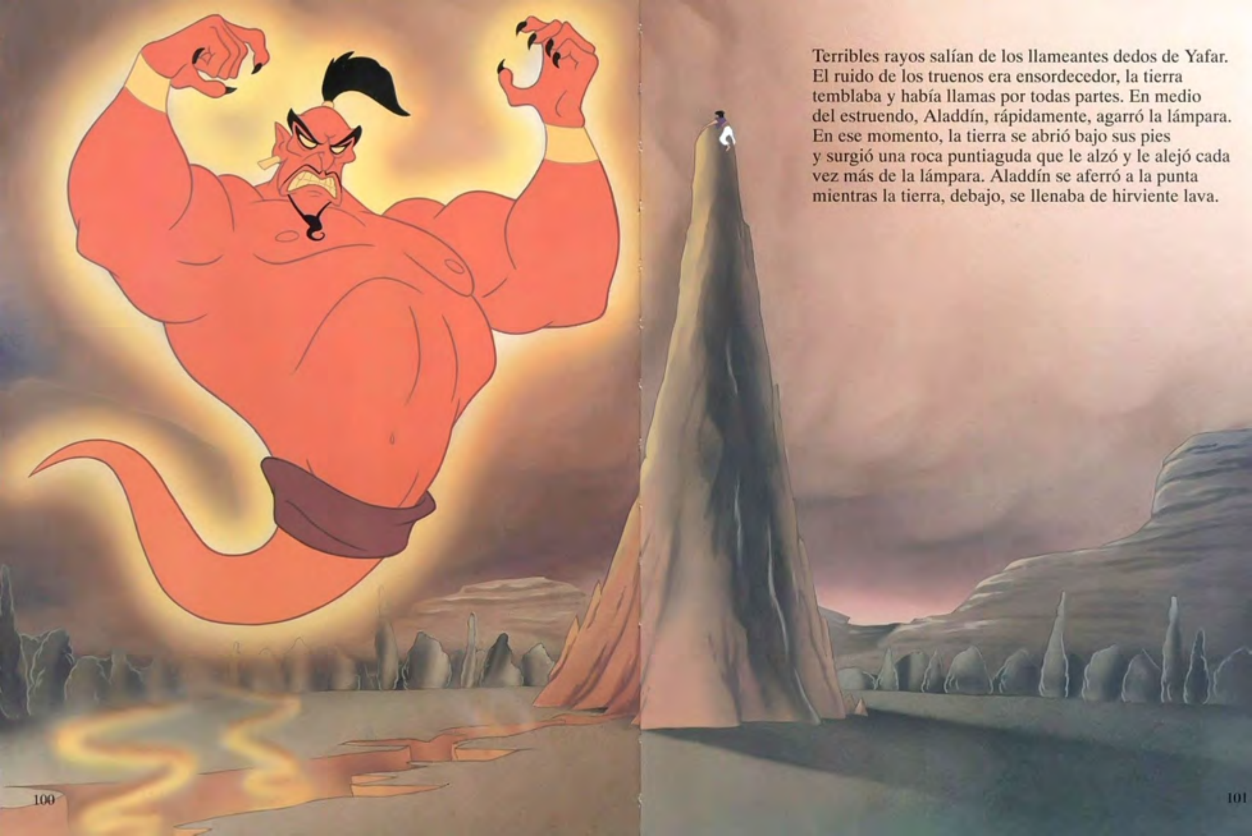
En el salón del trono apareció de repente un enorme barco lleno de riquezas.
Abis Mal, contentísimo, se agarraba con fuerza a la lámpara.
Había joyas, monedas de oro y piedras preciosas de todas formas y tamaños.
Entonces, Yafar gritó:
–Y ahora, ¿quieres hacer el favor de concederme la libertad?

Aladdín y sus amigos encontraron a Yafar y a Abis Mal y se escondieron detrás de las resplandecientes riquezas, las preciosas joyas y los montones de oro, con la esperanza de conseguir la lámpara. Yafar ordenó a Abis Mal que le liberara, o si no... En un abrir y cerrar de ojos, Abú llegó hasta la lámpara, pero Abis Mal la agarraba con fuerza. Abú se aferró al asa, pero otras dos manos la agarraron también.

Aladdín se unió a Abú contra Abis Mal para conseguir la lámpara.
Proyectando su sombra sobre ellos, Yafar gritó furioso:
–¡Ah! Pero esta rata de cloaca, ¿sigue viva?
En ese momento, lanzó una bola mágica de cegadora luz.
Aladdín, Abú, Abis Mal y la lámpara cayeron hacia atrás, y el suelo empezó a derrumbarse a su alrededor ...

La explosión lanzó a Aladdín, Abú y Abis Mal por los aires. El Genio acudió a rescatarles y agarró a Abú y a Aladdín, pero Abis Mal cayó en un árbol. Se enganchó en una rama y la lámpara se soltó de su mano.

Montados en la alfombra, volaron todos hacia la lámpara.
De repente, Yafar, enorme, surgió ante ellos:
–¡Soy muy poderoso! –aulló, soltando una carcajada maligna.
Cuando la alfombra retrocedió para evitar a Yafar, Aladdín, Jazmín, el Genio, Abú y el Sultán cayeron hacia todos lados.
Furioso, Yafar lanzó una resplandeciente bola de fuego en dirección a la alfombra, que se hizo pedazos.
–¡La alfombra! ¡Noooo! –gritó Aladdín.



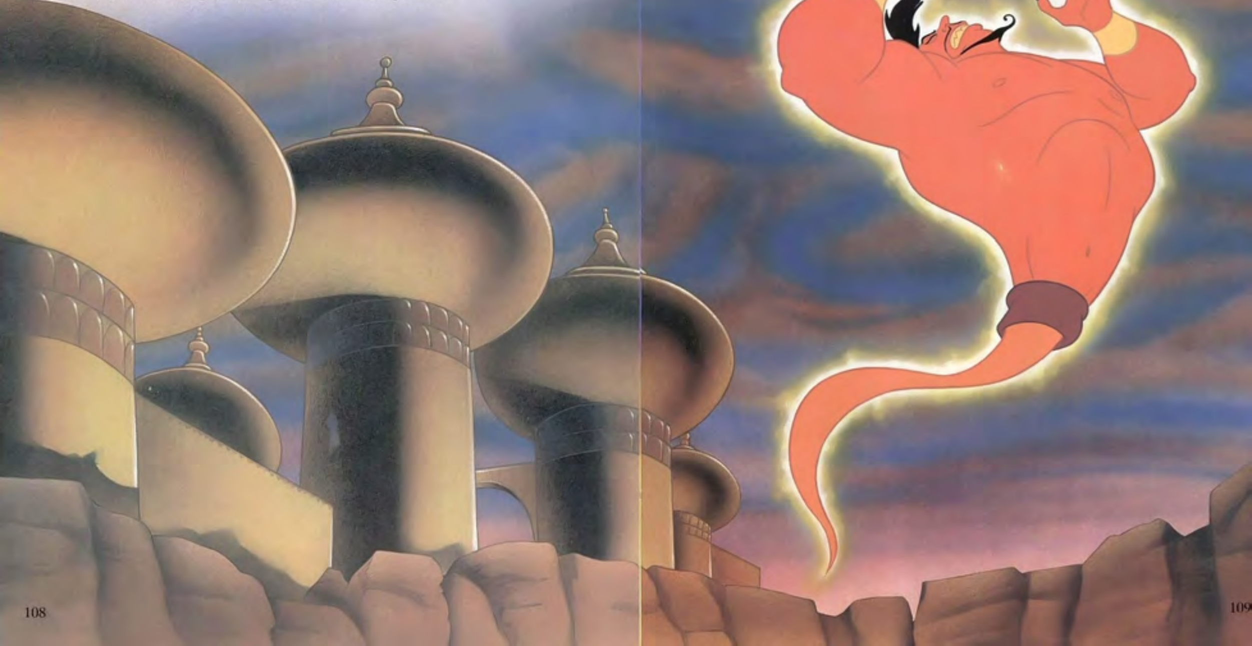
Terribles rayos salían de los llameantes dedos de Yafar. El ruido de los truenos era ensordecedor, la tierra temblaba y había llamas por todas partes. En medio del estruendo, Aladdín, rápidamente, agarró la lámpara. En ese momento, la tierra se abrió bajo sus pies y surgió una roca puntiaguda que le alzó y le alejó cada vez más de la lámpara. Aladdín se aferró a la punta mientras la tierra, debajo, se llenaba de hirviente lava.

La tierra siguió crujiendo y abriéndose. Las punzantes rocas salían por todas partes en medio de la lava, y el Palacio y sus jardines, antes maravillosos, eran ahora una masa roja de tierra calcinada.
La roca de Aladdín empezó a moverse y a hundirse en la llameante lava. Aladdín vio que la lámpara estaba debajo de él e intentó cogerla desesperadamente mientras se agarraba a la afilada roca con una sola mano.
–¡No lo intentes, muchacho! –rugió Yafar–. ¡Jamás conseguirás mi lámpara!
A lo lejos se divisó un punto rojo...

...¡Era Iago! Se dirigía a la lámpara agitando las alas. Una vez más, su decisión de desafiar al malvado Yafar sorprendió a todos. Aladdín, Jazmín y Abú contemplaron, asombrados, cómo Iago, heroicamente, se apoderaba de la lámpara.

Yafar nunca había estado tan furioso.
–¡Traidor! –volvió a vociferar, y lanzó otro rayo de fuego.
Iago y la lámpara se estrellaron contra una roca rodeada de lava.
El impacto de la caída parecía haber matado a Iago, pero con la escasa energía que aún le quedaba, empujó la lámpara hacia la ardiente lava.

–¡Nooooo! –gritó Yafar, mientras la lámpara se derretía y se convertía en una negra mancha en medio de la lava. El cielo se llenó de rayos, de resplandores rojos y amarillos, que poco a poco se fueron convirtiendo en negras sombras. Rugió un trueno y el viento silbó como una ensordecedora sirena. La forma del gigante Yafar empezó a derretirse y se desvaneció en una niebla mágica. Después, Yafar desapareció.



El furioso cielo volvió a ser azul, el Palacio recuperó su forma anterior y los esparcidos pedazos de la alfombra se unieron milagrosamente.
–¿Iago? –preguntó Aladdín.
Iago yacía muerto y todos comprendieron que había dado su vida por salvarlos. Una lágrima de Jazmín cayó sobre el cuerpo del ave. En ese instante, Iago se movió. ¡Estaba vivo!

Entonces Aladdín se volvió hacia el Sultán y le dijo:
–No puedo ser tu Visir. Quiero ver mundo.
–¿Crees que esta encantadora Princesa va a esperar a que vuelvas? –graznó Iago.
–¡Iré con él! –exclamó Jazmín, abrazando a Aladdín.
Y aunque sabía que les iba a echar de menos, el Sultán guiñó un ojo a la feliz pareja para darles su bendición, mientras ellos se embarcaban en otra nueva aventura.

CUARTA EDICIÓN
© Disney
1995 EDICIONES GAVIOTA, S. L.
Manuel Tovar, 8
28034 MADRID
Reservados todos los derechos
ISBN: 84-392-8448-9
Depósito Legal: LE. 1.677-2000
Printed in Spain - Impreso en España
Editorial Evergráficas, S. L.

Los Clásicos Disney

Todos los títulos de esta magnífica colección, **Los Clásicos Disney,** ofrecen a los pequeños lectores la mayor selección de momentos e imágenes de cada éxito cinematográfico Disney. Con textos pensados para lectores ya iniciados, estos libros forman la más completa y atractiva biblioteca sobre películas Disney de animación.

Títulos de la colección

La Bella y la Bestia, una Navidad encantada
Mulán • Hércules • Pocahontas
El jorobado de Notre Dame • Goofy e hijo
El regreso de Yafar • El Rey León
La Sirenita • La Dama y el Vagabundo
Aladdín • Bambi • 101 Dálmatas • Dumbo
La Bella durmiente • La Cenicienta
Los Aristogatos • Los Rescatadores
Oliver y su pandilla • Peter Pan
La Bella y la Bestia • El libro de la selva
Blancanieves • Robin Hood
Alicia en el País de las Maravillas
Tod y Toby • Tarón y el caldero mágico
Basil, el ratón superdetective
Merlín el Encantador • Pinocho
Los Rescatadores en Cangurolandia
El Rey León II - El tesoro de Simba
El Príncipe y el mendigo
La Navidad de Mickey • Tarzán • Dinosaurio

Ediciones Gaviota

ISBN 84-392-8448-9
9 788439 284482